

14253  
Abril 8/73

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

Y

ZARZUELAS BUFAS Y SERIAS,

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID Y PROVINCIAS.

Se venden en *Madrid*, librería de CUESTA, calle de las Carretas, núm. 9, y S. MARTIN, Puerta del Sol; en *Provincias*, en casa de sus corresponsales.

L47 - 6273

BIBLIOTECA PRÁCTICA

COLECCION DE COMEDIAS

Y  
VARIAS BUENAS Y MALAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID Y PROVINCIAS

Se venden en Madrid, librería de Cuesta, calle  
de las Casetas, núm. 3, y S. Martín, Puerta del  
Sol; en Provincias, en casa de sus correspondientes.

LV-5.

47-6273

BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

---

# ¡ANTES HONRA QUE BARCOS!

TRIBUTO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. ANGEL MONDEJAR Y MENDOZA,

D. RAMON SARTORIUS.

Y

D. MANUEL GENARO RENTERO.

(ESCRITO EN MEMORIA DEL ILUSTRE MENDEZ NUÑEZ.)

Representado con grande aplauso en el teatro de Novedades, en el mes de Mayo de 1871.

SEGUNDA EDICION.

~~~~~  
CUATRO REALES.  
~~~~~

MADRID:

IMPRENTA DE G. ALHAMBRA,

CALLE DE S. BERNARDO, 73.

1875

PERSONAS.

ACTORES.

CARLOTA, (18 años.)....	Doña Maria Ruiz.
ANDRÉS, (65 » ).....	D. Segismundo Cérvi.
PERICO, (50 » ).....	D. Enrique Martinez Robles.
VÍCTOR, (20 » ).....	D. José Ferreiro.
ALDEANA 1.ª.....	Doña Juana Rubio.
IDEM 2.ª.....	Doña Aurora Rodriguez.
MARINERO 1.º.....	D. Mariano Martinez.
IDEM 2.º.....	D. Luis Lopez.
IDEM 3.º.....	D. José Membrillo.

Aldeanas, Aldeanos y Marineros.

La accion pasa en una aldea de Galicia, el dia 29 de Agosto de 1869.

Es propiedad del Editor de *la Biblioteca dramática*, y está bajo el amparo de la ley de Propiedad literaria, habiéndose verificado el oportuno depósito que la misma determina.

*A la Marina de Guerra española.*

Los autores.

## ACTO ÚNICO.

El teatro representa la playa de una aldea de Galicia; á lo lejos se vé el mar y un buque anclado; á la izquierda una casita rústica, y á la derecha una cantina.

### ESCENA PRIMERA.

MARINEROS, ALDEANOS y ALDEANAS.

- MARI. 1.º ¡Vivan las mozas gallegas!  
MARI. 2.º Camarada, llena el vaso,  
y vaya por la salud  
de las buenas mozas!
- UNOS. ¡Bravo!  
MARI. 1.º Vida mia, vaya un sorbo. (*A una aldeana.*)  
ALDE. 1.ª No me gusta.  
MARI. 1.º ¡Con probarlo  
me quedo yo tan contento...  
ALDE. 1.ª Per no desairar...  
MARI. 3.º Muchachos,  
no hay que cejar un momento;  
hemos pedido un abrazo  
y es preciso conseguirlo. (*Quiere abrazar á una aldeana.*)  
ALDE. 2.ª ¡Arre allá!  
MARI. 3.º ¡Truenos y rayos!  
¿Para cuándo son las bombas?  
ALDE. 2.ª Nada, á las aves de paso...  
ya sabe usted el refran.  
MARI. 3.º Mal Tiburon me haga cuartos  
si el abrazo no consigo.  
UNAS. ¡Arre!  
OTRAS. ¡Fuera!  
MARI. 1.º Vamos, vamos.  
MARI. 3.º ¿A dónde poneis la proa?  
MARI. 1.º A la plaza del Mercado  
donde está el tamborilero.  
UNOS. ¡Vamos!  
UNAS. Si.  
MARI. 3.º Vamos andando.

### ESCENA II.

VICTOR y PERICO.

- (*Víctor entra muy de prisa. Perico viene detrás jadeando.*)  
PERI. ¡Victor! Que me voy á pique;

- no corras tanto, muchacho.  
VICT. Déjame en paz.  
PERI. Eso es;  
como tienes pocos años  
no te pesan como á mi  
las piernas.
- VICT. Ya hemos llegado.  
PERI. ¡Gracias á Dios!  
VICT. Voy á verla,  
á hablarla, á estrechar su mano,  
á contemplar su sonrisa,  
á decirle que la amo  
una y mil veces.
- PERI. Sí, sí.  
Pero ten mucho cuidado  
porque su padre es muy duro.
- VICT. Lo sé.  
PERI. Es un viejo soldado,  
que mejor que una razon  
sabe pegar un trancazo.
- VICT. No he conocido otro padre  
que él.
- PERI. De fijo te ha zurrado  
alguna vez.
- VICT. Por mi bien.  
Mas como me quiere tanto,  
si alguna vez me pegaba  
se arrepentia en el acto,  
y me hacia mil cariños.
- PERI. Es un viejo veterano  
que vale un mundo.
- VICT. Es verdad.  
Tiene un corazon...

### ESCENA III.

*Dichos,* ANDRÉS.

- ANDR. ¡Muchacho!  
VICT. ¡Padre y señor!  
ANDR. Ven acá.  
Ven, buen mozo. Estás muy guapo  
con el uniforme. ¿Y tú,  
perillan?
- PERI. Venga un abrazo.  
ANDR. Vengan setenta lo menos. (*Lo abraza.*)  
¿Qué placer me dá abrazaros!  
¿Y cómo te vá en el mar?

- VICT. ¡Bien, señor!
- ANDR. El Océano  
es un amigo leal,  
una madre, que en sus brazos  
nos arrulla con la brisa,  
nos aduerme con su canto,  
nos besa con sus espumas,  
y cuando la muerte hallamos,  
nos presta ancho camarote,  
en su seno sepultándonos.
- PERI. Tiene usted razon.
- ANDR. (A Víctor.) Mas, dime,  
¿por qué causa habeis anclado  
aqui?
- VICT. Porque desde ayer  
deberá estar esperándonos  
un oficial.
- ANDR. Es verdad.  
Él me ha dicho el triste estado  
en que está mi antiguo jefe,  
el gran marino.
- PERI. (Mucha tristeza.) Muy malo.  
Dicen que se está muriendo.  
(Limpiándose las lágrimas con el brazo.)
- ANDR. Los hombres que valen tanto  
no se debian morir.  
¡Mas respetemos los sábios  
decretos de Dios! ¿Quién sabe  
si el Señor le está llamando  
para premiar sus virtudes,  
y darle el eterno lauro...  
que la patria indiferente  
de otorgarle se ha olvidado? (Breve pausa.)  
¿Decias tú? (A Víctor.)
- VICT. Que á embarcar  
á ese oficial, arribamos  
á este puerto, pues trae órdenes  
del Gobierno.
- ANDR. ¿Habrá descanso  
para tres ó cuatro dias?
- PERI. ¡Cá, no señor! Que zarpamos  
tal vez antes de una hora,  
con rumbo á Cuba.
- ANDR. No es largo  
el viaje...
- PERI. Y desde alli,  
segun se dice en el barco,

ANDR. saldremos para el Perú.  
¡Quién se quitára treinta años  
para ir con vosotros!

PERI. Ea,  
vamos á echar cuatro tragos.

ANDR. Vamos.

VICT. ¿Y tú? (*A Víctor que se queda.*)  
Lo agradezco,  
pero no bebo.

ANDR. ¡Muchacho!  
¡No bebes, siendo marino?

VICT. No, gracias.

ANDR. ¡Por, Dios, que es raro!

PERI. Vamos á beber nosotros.

ANDR. Buen mozo, vamos, andando  
(*Se entran en la cantina.*)

#### ESCENA IV.

VICTOR solo.

¡Combate mi corazón  
con una idea cruel,  
ser á mi conciencia fiel,  
ó ser fiel á mi pasión!

#### ESCENA V.

VICTOR y CARLOTA.

VICT. ¡Carlota!

CARL. ¡Víctor!

VICT. El cielo  
me ha conducido á tu lado,  
pero soy tan desgraciado  
que es bien corto este consuelo.

CARL. ¿Lienes que marcharte?

VICT. Sí,  
para un viaje mayor;  
y alejarme de tu amor  
es muy duro para mí.  
El deber...

CARL. ¡Siempre el deber!

VICT. Años durará mi ausencia.

CARL. ¿Y qué hemos de hacer? Paciencia.

VICT. Vivir sin poderte ver...  
Mi corazón estravía  
tal idea!

CARL. Es tu destino.

Si quieres ser buen marino  
tu deber toma por guia.

VICT.  
CARL.

¿Y mi amor?

Piensas quizás,  
Victor, que no sufro tanto  
como tú? No ves mi llanto,  
que brota porque te vas!

VICT.

¡Tú me animas á partir!  
No me amas!

CARL.

¡Que no te amo!  
¡Si el amor en que me inflamo  
puede que me haga morir!  
Cuando veia que ya  
tu buque lejos se hallaba,  
mi corazon me gritaba:

¡quién sabe si volverá!  
Y en la tortura cruel  
que al verte marchar sentia,  
á las olas les decia:

«¡piedad, piedad para él!»  
¡Sí, cuando ya no te ví  
fué tan grande mi tormento,  
que hasta maldecia al viento  
que te alejaba de mí!

VICT.

Pues si dolor te ha causado  
entonces, hoy que me alejo  
por largo tiempo, hoy que dejo  
quizá por siempre tu lado;  
si me amas, cuántos pesares  
sufrirás, viendo perdido  
al sér que te es más querido  
en la sombra de esos mares.

Y yo en tanto en dura guerra  
con todo, sin tener calma,  
pues habré dejado el alma  
en un rincon de la tierra,

¡veré los dias pasar,  
veré las noches huir,  
veré á mi lado reir,  
y solo sabré llorar!

¡Oh! no puedo acostumbrarme  
á la idea de no verte,  
y antes, mi bien, que perderte,  
soy capaz de desertarme.

CARL.  
VICT.

¿Qué dices?

Que me avasalla  
mi amor; que ciego te adoro;

- y entre dudas, mi decoro  
con mi corazon batalla;  
mas tu padre, que amparó  
mi niñez, así lo quiere,  
sin mirar cuanto me hiere.
- CARL. ¿Y si te lo pido yo?  
VICT. ¡Tú! Luego me has engañado,  
y ese amor constante y puro...
- CARL. Nó, yo te amo, te lo juro,  
pero estás alucinado.  
¡Abandonar tu carrera!
- VICT. Si la dicha no concibo  
sin tu amor; si por tí vivo,  
y el marchar me desespera.  
¿Y mi padre?
- CARL. ¿Y mi dolor?  
VICT. ¿Y el porvenir, y tu suerte?  
CARL. ¿Y el martirio de no verte?  
VICT. ¿Y tu deber?  
CARL. ¿Y mi amor?  
VICT. Pues bien; haz lo que tú quieras.  
CARL. Mi suerte está decidida.  
VICT. ¡Daria toda mi vida  
sólo porque no te fueras!  
CARL. Pero mi padre...
- VICT. De fijo  
comprenderá mi razon,  
y otorgándome el perdon  
querrá llamarme su hijo.  
Sí, yo sabré trabajar  
en donde mi bien se encierra,  
que está mi cielo en la tierra,  
y está el infierno en el mar.  
Comprendo que mi destino  
y mi aficion me han guiado,  
á ser un marino honrado,  
y hoy me mata ser marino.
- CARL. Tienes razon; no podria  
acostumbrarme á tu ausencia.
- VICT. Sacrifico mi conciencia,  
sólo por tí, ¡vida mia!  
Mas debo marchar de aquí  
en tanto el buque se aleja.  
¡Adios, pues!
- CARL. ¿Que Él te aconseja!  
VICT. Todo lo arrostro por tí.

ESCENA VI.

CARLOTA *sola.*

No se vá, y este placer  
en vano mi pecho calma;  
porque falta á su deber;  
pero ¡ay! feliz voy á ser  
pues le amo con toda el alma.  
Mas mi padre, ¿qué dirá?  
Yo calmaré su rigor,  
y por fin comprenderá,  
que si él al mar no se vá,  
deja el deber por mi amor.

ESCENA VII.

CARLOTA y PERICO.

CARL. Perico.  
PERI. Hola señorita;

CARL. ¿y Víctor?  
(*Cortada.*) ¡Víctor! En casa  
estará, tal vez...

PERI. Me dijo  
que aquí mismo me esperaba.  
¡Ah pícaro!

CARL. (Si supiera...)  
PERI. Como levaremos anclas  
muy en breve, estará dando,  
tal vez, la última ojeada  
por la aldea.

CARL. Es muy probable.  
PERI. Pues voy en cuatro zancadas  
á buscarle, pues de juro  
que si le deajo, no baja  
á embarcarse en todo el día.  
Y que el capitán se traga  
estas cosas, cuando solo  
porque se alfoja una jarcia  
pone en conmocion el buque  
de popa á proa, y me arma  
un zafarrancho...

CARL. ¿Y á Víctor,  
di, sabes cómo le trata?

PERI. A ese, bien; como es tan bueno,  
nunca comete una falta.  
Pero, ¿qué hará que no viene?

CARL. No temas por su tardanza.  
El volverá.

PERI. No me fio  
de su cabeza. Que no haya  
novedad. (*Vá á irse hácia la casa.*)

CARL. (*¡Se vá! ¡Dios miol!*)

PERI. Oye, Perico.  
Mi ama,  
¿qué se ofrece?

CARL. Una pregunta.

PERI. ¿Me quiere Víctor?  
¡Caramba!

Pues si pensando en usted  
el muchacho, es hombre al agua.  
Más efecto hace en su espíritu  
el nombre de la que ama,  
que si cayera una chispa  
dentro de la Santa Bárbara.

CARL. Y dime, ¿tú le querrás  
muchísimo?

PERI. Él y mi hacha  
de abordaje, son las prendas  
que más quiero.

CARL. ¿Y él?  
Me trata  
como á su mejor amigo;

PERI. y aunque soy viejo, me llama  
su hermano, sí; y yo le he visto  
derramar copiosas lágrimas,  
al escuchar el relato  
de mis mayores desgracias.  
¿No has sido dichoso siempre,  
segun eso?

CARL. ¡Ay! La borrasca  
del sufrimiento me ha hecho  
mucho mal.

PERI. Si no te causa  
molestia, y quieres contarme  
tus aventuras...

CARL. ¡Bien!  
Habla.

PERI. Pues señor: yo nací pobre,  
pero trabajé con ansia  
desde mis primeros años,  
logrando al fin una plaza,  
con buen sueldo, en la marina  
mercante; mis camaradas

me apreciaron desde el punto en que pisé la fragata, que por espacio de un año fué mi constante morada; pero un día, ¡aún lo recuerdo con espanto! La desgracia se meció sobre nosotros. Apenas brillaba el alba, cuando vimos una vela á larguísima distancia. Aunque pareció al principio que nos quería dar caza, bien pronto volvió á reinar en todos la confianza, pues traía la bandera española enarbolada. Poco á poco fué acercándose, y al llegar á nuestras aguas, sin decir: «allá va eso,» nos disparó una andanada. Tratamos de resistir, mas fué inútil nuestra audacia, que bien pronto fuimos presa de aquellos perros piratas. Un mes después, como un fardo fuí vendido.

CARL.

¡Qué inhumana  
crueldad!

PERI.

En la bodega de un buque, como una carga, como lastre nos echaron aquellas gentes sin alma. El tiempo que allí estuvimos no lo sé, pues ni una ráfaga de luz, en aquel encierro infestado, penetraba. Pero al fin llegó un instante en que cimos algazara sobre cubierta, y al punto un cañonazo, y las armas chocar, como si una lucha cuerpo á cuerpo se trabara. De pronto, sentí una voz que con ansiedad gritaba «¡a la bodega!» Bajaron, y rompiendo con las hachas nuestras fuertes ligaduras,

subimos. En una barca saltamos, y desde allí á una soberbia fragata española, en cuya popa un hombre se paseaba; nos dijeron, «ese es el que de esclavos os saca.» Ebrio de gozo, el primero fuí que me postré á sus plantas; se las besé; y él me alzó con benévolas palabras. Desde entónces, ni un momento le dejé solo, con mi hacha de abordaje en la cintura, detrás de él siempre marchaba. ¿Sabe usted quién es ese hombre que me arrancó á la desgracia? Es... el héroe del Callao; con él he venido á España, mas le separó de mí un grave mal que arrebató su salud hora por hora.

CARL. ¿Lloras? (*Aparece Andrés en la puerta, y escucha.*)  
PERI. Y con razon harta,  
mas tengo el triste consuelo  
de dedicarle estas lágrimas.

### ESCENA VIII.

CARLOTA, PERICO y ANDRÉS.

ANDR. ¡Bravo! Haces bien en llorar.  
Tu entusiasmo aviva el mio,  
y aunque viejo, aún tengo brio  
para lanzarme en el mar.

PERI. ¡Señor Andrés!

ANDR. ¡Guapo mozo!  
De corazon y alma dura,  
con la mano más segura  
que barra de calabozo.

PERI. ¿Qué dice el lobo marino?

ANDR. Que es mi vida triste y perra,  
y me mareo en la tierra,  
y con torpeza camino.  
Que aquí se respira mal,  
mas con mi recuerdo á solas,  
cuando oigo bramar las olas

y rugir el vendaval,  
levanto con arrogancia  
la cabeza á Dios buscando,  
y sueño que estoy luchando  
á bordo de la *Numancia*.

PERI. ¡Bravo, mi viejo! (*Abrazándole.*)  
ANDR. ¡Ilusion!

¿Qué soy ya? ¡Por vida mia!  
Un casco con avería,  
que ni aún sirve de ponton.  
Aún se mantiene usted fuerte.

PERI. Conozco mi derrotero;  
ANDR. yo soy un barco negrero,  
á quien dá caza la muerte.

CARL. ¡Padre mio!  
ANDR. Necio fuera

dudarlo y... venga en buen hora,  
hija, que ante esa señora  
no hay mas que arriar bandera.  
Hablemos de otra cuestion.  
Es verdad.

CARL. De lo pasado,  
ANDR. de sus glorias de soldado.  
CARL. Carlota, tienes razon.

ANDR. Cuando mi lengua desato  
y me quejo, no comprendo  
que te estoy entristeciendo  
con mi importuno relato.

CARL. No, no, padre.  
ANDR. ¡Voto al mar!

Está mi cabeza vana,  
y es que desde ayer mañana  
tengo ganas de llorar.  
Se halla enfermo el gran marino  
del Callao, y por mi fé,  
recuerdo que igual lloré  
cuando le hallé en mi camino.

CARL. ¡Llora usted!

ANDR. Si, de dolor,  
así como de alegría  
lloré al ver su bizzarria,  
al mirarle vencedor  
en Mindanao; allí el mar  
hizo de su arrojo esclavo;  
allí luchó como un bravo,  
como él sabia luchar.

Mientras el cañon tronaba,  
activo, firme y valiente,  
con voz serena y potente  
las maniobras mandaba;  
y alcanzando de victoria  
el laurel santo y eterno,  
logró que de aquel infierno  
para él brotara la gloria.  
¡Dios le proteja!

CARL.  
ANDR.

¡Hija mía!

Su enfermedad es fatal,  
y temo oír la señal  
á todas horas del día.

PERI.

Se vienen á despedir  
los marineros.

CARL.  
ANDR.  
PERI.

¡Dios mío!

¿Y Víctor? ¿Y ese hijo mío?

Poco tardará en venir.

### ESCENA IX.

*Dichos, MARINEROS y PUEBLO.*

MARI. 1.º ¡Ya nos vamos!

CARL. ¡Oh! Dios mío!

MARI. 1.º ¡Muchachos!

MARI. 2.º ¡Adios!

IDEM 3.º ¡Cuidado!

con llorar!

IDEM 1.º ¡Ya se ha acabado

el buen humor? ¡Haya brio!

MARI. 2.º ¡Venga un abrazo, hijas mías,

y hasta otra!

MARI. 3.º Señor Andrés,

quede con Dios.

ELLAS y AND. ¡Adios pues!

MARI. 1.º ¿Nos vais á hacer averías

en el corazon, llorando?

ALD. y ALD. ¡Adios!

ALDEANOS. Adios, y á reir,

y si tocan á morir...

MARI. 1.º Adios, y vamos cantando.

### ESCENA X.

*Dichos, VICTOR al paño.*

ANDR.

Hijos, un pobre marino  
envejecido en el mar.

quiere hablaros, al marchar  
á cumplir vuestro destino.  
Si vais al Perú, cada ola  
que halleis, ved con alegría,  
que quizá estén todavía  
tintas en sangre española.

Allí al enemigo perro  
castigó nuestra bandera,  
si con barcos de madera...  
con corazones de hierro.

Allí luchamos en pos  
de la muerte y de la gloria;  
allí logramos victoria  
solos entre el mar y Dios.

PERI. Contadles ese combate,  
señor Andrés, y verán...

ANDR. Bien, oid: así sabrán  
cómo el español se bate. (*Rodeándole todos.*)

No aviniéndose á razones  
las gentes que nos retáran,  
dejamos al fin que hablaran  
por nosotros, los cañones.

Luchamos sobre el abismo  
con arrojo extraordinario,  
con el valor temerario  
que produce el heroísmo.

Que ante el terrible fragor  
del fuego, nos alentaba  
ver que España confiaba  
en nuestras manos su honor.

Cuando la ola enrojecida  
prestaba á la muerte hueco,  
oir creíamos el eco  
de la patria agradecida.

Mostraban con alívez  
fortalezas artilladas,  
tenían torres blindadas...  
nosotros, cascos de nuez.

La *Blanca*, la *Berenguela*...  
todas, en fin, combatiendo,  
iban de gloria cubriendo  
las espumas de su estela.

La *Numancia*, que un marino  
noble y fiero dirigía,  
en su casco contenía  
todo el valor numantino.

De aquellos héroes el sol

hizo hervir á la honda brava,  
y era que hasta el mar temblaba,  
ante el orgullo español.

Entre balas á millares  
probó el jefe á aquella tierra,  
que era el génio de la guerra,  
que era el héroe de los mares.

Y aunque de dolor avára,  
la muerte le hirió atrevida,  
Dios quiso guardar su vida  
porque su triunfo gozára.

Y al caer entre cien charcos  
de sangre, dijo altanero:

¡BARCOS SIN HONRA, NO QUIERO;  
QUIERO HONRA ANTES QUE BARCOS!!!

Y el viento ráudo y veloz  
que sus frases escuchaba,  
por todo el mundo llevaba  
el eco de aquella voz.

Cuando era la accion más cruda,  
los que combatir nos vieron,  
proteccion nos ofrecieron...  
mas rechazamos su ayuda.

Y al ver nuestro ardor fecundo  
decian con ojos fijos:

«nacion que tiene esos hijos,  
es la primera del mundo.»

PERI.

Señor, sólo recordar  
esa accion, causa alegría.

ANDR.

¡Hijos, la Pátria os envía,  
id al victorioso mar!

Sed á los recuerdos fieles  
de las armas españolas,  
y orad sobre aquellas olas  
que guardan nuestros laureles.

VICT.

(*Que ha oído todo.*) Me remuerde la conciencia.

No, no debo ser traidor;  
antes la honra que el amor,  
aunque pierda la existencia.

ANDR.

Adiós! Orad si la suerte  
os lleva al mismo camino,  
por la salud del marino  
que yace en lecho de muerte.

(*Los abraza y se van.*)

ESCENA XI.

ANDRÉS, VÍCTOR y CARLOTA.

ANDR. Se fueron, hija querida!  
Y tú, ¿cómo es que te hallo (á Víctor)  
con ese traje y aquí?

VICT. Oh!, sí! Debo confesarlo;  
¡soy un cobarde, un infame!

CARL. ¿Qué dices?

ANDR. ¡Pues qué ha pasado!

VICT. Señor, no sé si usted sabe  
el amor extraordinario  
que tengo á Carlota.

ANDR. Ella  
me lo ha dicho.

VICT. Dominado  
por ese fuego de mi alma,  
por ese amor puro, santo,  
que una vez sólo en la vida  
se siente, quise insensato  
no sacrificar mi amor,  
mi lealtad sacrificando.  
Quise desertar.

ANDR. ¡Tú!.. ¡Aparta!

VICT. Pero al oír el relato  
de usted; al ver en sus ojos  
lágrimas de su entusiasmo,  
al recordar las victorias  
de mi pátria en el Callao,  
el estímulo del héroe  
mi alma al punto ha despertado,  
y marcharé. Sí.

CARL. Oh! Dios mio!

ANDR. Y ese pensamiento infausto,  
contesta, ¿ha sido posible  
que así te haya subyugado?

VICT. Perdon, pues que me arrepiento.

CARL. ¡Victor!

VICT. Mi esperanza mato,  
pero el deber...

ANDR. ¡Hijo mio!

Escucha; en el hombre honrado  
primero que las pasiones,  
está la honra, y en tanto  
como la estima, es de todos  
más ó menos estimado.

Mira ese ilustre marino  
que cité con entusiasmo  
ha poco; el Gran MENDEZ NUÑEZ.  
dijo: «quiero honra sin barcos.»  
y tú, á tu honra preferias  
el amor.

VICT.

Al escucharlo  
hace un instante, yo mismo  
me he sentido avergonzado.  
Iré al mar, entre las olas  
ese porvenir tan caro  
encontraré, y si algun dia  
fuere al combate llamado,  
buscaré siempre el peligro,  
y henchido de fuego pátrio,  
sabre luchar como bueno,  
sabré morir como honrado,  
siendo mi fé tu cariño (*á Carlota.*)  
y mi esperanza, estos brazos. (*á Andrés.*)

## ESCENA XII.

*Dichos y PERICO.*

PERI. ¡Victor! ¡Victor! ¿dónde estás?  
¡Gracias á Dios que te encuentro!  
¿Qué sucede?  
ANDR. ¡Pues no es nada  
PERI. que digamos!  
ANDR. No comprendo...  
PERI. Que dentro de diez minutos  
se vá á zarpar.  
VICT. (El momento  
desgarrador ha llegado.)  
Y tan pronto.  
CARL. No hay remedio.  
PERI. Si yo fuera el capitán  
no sucederia esto.  
Mas donde manda patron,  
nunca manda marinero.  
CARL. ¿Te vás? (*Acercándose á Victor.*)  
VICT. Sí, pero no temas,  
pronto estaré de regreso  
á tu lado.  
ANDR. (Pobrecillos!)  
CARL. Dios sabe si nos veremos. (*Se enjuga los ojos.*)  
VICT. Y qué se ha de hacer? Paciencia.  
El deber es lo primero.

ANDR. ¡Victor, ven acá, y escucha!  
Carlota!

CARL. ¡Padre!

ANDR.

Oye atento.  
Yo, como tú, á los diez años  
quedé solo, pobre y huérfano,  
sin más amparo que Dios  
en este mundo; pidiendo  
limosna de puerta en puerta.  
Después viendo los tormentos  
de la tierra, me lancé  
á los mares.

PERI.  
ANDR.

(¡Pobre viejo!)  
Desde entonces he vivido  
entre las olas, oyendo  
rebramar los huracanes,  
retumbar el ronco trueno,  
crugir los gruesos mastiles,  
á los empujes soberbios  
del mar; en un palabra,  
entre el abismo y el cielo.  
Mi mano allí encallecida  
tan pronto empuñaba el remo  
como el hacha de abordaje,  
y Dios premiando mi anhelo,  
me dió la fé y la esperanza  
que siempre llenan mi pecho.  
Hoy, ya lo ves, me respetan  
y me quieren. Ya soy viejo,  
y aún envidio al navegante  
que pierde de vista el puerto.  
Sigue, pues, mis huellas, Víctor;  
sé valiente, honrado y bueno,  
y nada te apure.

CARL.  
VICT.  
ANDR.

¡Padre!  
¡Señor Andrés!  
Ya comprendo;  
os separais...

VICT.

¡Y Dios sabe  
si ya nunca nos veremos!

ANDR.

¡Que diablo! Vete tranquilo.  
Volverás, te lo prometo,  
que Dios es grande, y Dios vela  
por el pobre marinero.  
¡Animo, buen mozo; aquí  
con ánsia te esperaremos  
Carlota y yo... ¡más que digo!

quien sabe si yo habré muerto!  
¡Señor Andrés!  
¡Padre mio!  
La edad, hijos, es ya un peso  
para mí casi imposible  
de sufrir, y por si muero  
antes de que partas, voy  
à exigirte un juramento.  
Si Carlota queda huérfana,  
y esperando tu regreso  
te sigue fiel, ¿me prometes  
ser su esposo?

VICT. Lo prometo;  
lo juro.

CARL. ¡Victor!  
VICT. ¡Carlota!  
ANDR. ¡Hijos míos!  
PERI. Vamos presto.  
ANDR. (Pobrecillos!)  
Sí, es la hora:  
fuerza es que nos separemos.  
Vé á rezar sobre mi tumba  
cuando vuelvas, pues preveo  
que mi nombre y mi memoria  
habrán de prestarte aliento.  
Además, nunca te olvides  
de ese héroe que yo venero,  
de MENDEZ NUÑEZ; su nombre  
pronuncia con gran respeto;  
en el mar sea tu égida,  
y conságrale un recuerdo  
en tu alma, que amar á un héroe  
anima al que quiere serlo.  
Ante todo, ten presente  
sus palabras: «¡Antes quiero  
HONRA SIN BARCOS, QUE BARCOS  
SIN HONRA!» Sigue su ejemplo.  
Que van á levar las anclas,  
Adios, pues.  
(Ahora comprendo  
lo mucho que le queria.)  
¡Adios!  
¡Bendígate el cielo!  
(Se desprende de sus brazos, y echan á correr.  
Perico abraza tambien á Andrés, conmovido, dá la  
mano á Carlota, y vãnse todos menos Carlota.)

ESCENA XIII.

CARLOTA.

¡Se vá, Dios mio, se vá  
á cumplir con el deber;  
y yo me quedo á verter  
lágrimas que él no verá!  
Quería darle valor,  
y al ver que se marcha, siento  
que es insufrible el tormento  
de no vivir con su amor. *(Pausa.)*  
¡Madre mia! La clemencia  
que en tu corazon reside,  
sirva para que no olvide  
á la que llora su ausencia.  
Mas si antes que vuelva aquí  
su vida peligra un dia,  
¡ampárale, Virgen mia,  
aunque se olvide de mí!  
*(Avanza al fondo, viendo venir á su padre.)*

ESCENA ÚLTIMA.

CARLOTA y ANDRÉS.

*(Vuelve á la escena, apoyado éste en el brazo de aquella; ambos muy tristes.)*

CARL. ¡Dios mio, dadme valor!  
ANDR. ¡Pronto su alma el luto viste!  
¡Hija querida!  
CARL. Es muy triste  
quedarnos solos, señor!  
ANDR. Es verdad, más debes ver  
que el deber así lo ordena,  
y es preciso ahogar la pena  
en las aras del deber.  
CARL. ¡Siempre el deber!  
ANDR. Del soldado  
es la obligacion más bella,  
pues para cumplir con ella  
ha nacido el hombre honrado.  
Son sus frases, hija mia.  
CARL. ¿De quién?  
ANDR. Del bravo marino,  
que en el áspero camino  
de la gloria fué mi guia.  
Mas ¡ay! recuerdo fatal!

Conmovida el alma siento,  
pues creo á cada momento  
que va á sonar la señal.

CARL.  
ANDR.

¿Qué señal?  
Esta mañana  
entre todos se convino,  
que la muerte del marino  
la anunciara la campana,  
y me temo... (*Suena un cañonazo.*)  
¡Partió ya!  
¡Guárdale, Virgen querida!  
¡Dios mio! Salva su vida!  
Salva á MENDEZ NUÑEZ. (*Suena la campana.*)  
¡Ah!

CARL.

ANDR.

LOS DOS.

(*Cuadro. Los dos caen de rodillas.*)  
Cae el telon despacio.

FIN







